

Gerda Lerner (1920-2013): La conciencia de hacer historia

Gerda Lerner (1920-2013): The consciousness of making history

Montserrat Cabré i Pairet

Universidad de Cantabria.
montserrat.cabre@unican.es

Recibido el 20 de julio de 2013.
Aceptado el 23 de septiembre de 2013.
BIBLID [1134-6396(2013)20:2; 419-427]

El 2 de enero de 2013 murió en Madison, Wisconsin, la historiadora norteamericana de origen austríaco Gerda Lerner. Nacida en Viena como Gerda Hedwig Kronstein en el seno de una familia judía de clase media-alta, llegó a los Estados Unidos de América escapando del nazismo en 1939, después de que su militancia comunista la llevara a pasar varios meses en la cárcel. En Nueva York, al tiempo que mantenía su pasión por la escritura, trabajó en una gran variedad de trabajos y se implicó activamente en los movimientos de mujeres, como el Congress of American Women. Después de divorciarse de Bobby Jensen, con quien había huído de Austria, se casó con el director de teatro y cineasta Carl Lerner; hasta el fallecimiento de éste en 1972 compartieron la vida y un intenso activismo político y sindical¹.

Gerda Lerner desarrolló toda su trayectoria universitaria como historiadora de las mujeres y a ella debemos el impulso inicial que llevó a su academización en las universidades norteamericanas durante la década de 1960. Lerner se graduó en historia en la New School for Social Research en 1963 y obtuvo su doctorado en historia de los Estados Unidos en la Universidad de Columbia en 1966, a los cuarenta y seis años de edad. Contratada como profesora en la prestigiosa universidad femenina Sarah Lawrence College, inició en 1972 el primer programa de máster en historia de las mujeres. Pocos años más tarde, ya como catedrática en el respetado Departamento

1. Un detallado relato autobiográfico en LERNER, Gerda: *Fireweed: A Political Autobiography*. Philadelphia, Temple University Press, 2003.

de Historia de la Universidad de Wisconsin en Madison, puso en marcha el primer programa de doctorado en Historia de las Mujeres en el año 1980.

A pesar de que su especialidad fue la historia de las mujeres norteamericanas, a la que siguió haciendo numerosas aportaciones después de publicar su tesis en 1967², sus contribuciones más conocidas a la historiografía proceden de su interés por la creación de una metodología propia para la historia de las mujeres y por la elaboración de un nuevo marco interpretativo en el que las mujeres fueran sujeto activo y centro de la mirada historiográfica. En este sentido, su labor como pionera trascendió inicialmente en España de la mano de valoraciones críticas que reflejaban el desarrollo norteamericano de la disciplina³. En octubre de 1990, solo cuatro años después de su versión original, se publicó *La creación del patriarcado*, la única de sus obras traducida al castellano y que aborda abiertamente uno de los temas más polémicos de la historiografía, defendiendo el carácter primordial de la subordinación de las mujeres⁴. A pesar del gran impacto que este libro tuvo en la historiografía española, no ha llegado a traducirse el que escribió inmediatamente después y que, de algún modo, suponía la continuación y corolario de su proyecto. *The Creation of Feminist Consciousness: From the Middle Ages to 1870*⁵, buscaba ofrecer una contraparte a la historia del patriarcado trazando el pensamiento y la acción de muchas mujeres que, antes de la eclosión del activismo feminismo político, resistieron y subvirtieron el orden patriarcal.

Lerner fue una historiadora ambiciosa y heterodoxa. Sin duda fueron ambas características las que impulsaron su tenacidad en abrir nuevos caminos y su compromiso por elaborar marcos interpretativos y explicativos de largo alcance. Sus aportaciones fueron escuchadas y reconocidas, pero no dejaron de cuestionarse, especialmente a partir de la década de 1990, por parte de sectores muy diferentes de la historiografía de las mujeres, desde posturas historicistas o postmodernas. Quizá fue éste el mayor de sus éxitos, pues se manifestaba así la consecución de su mayor empeño: la creación de una comunidad historiográfica para la historia de las mujeres, capaz de

2. LERNER, Gerda: *The Grimké Sisters from South Carolina: Rebels Against Authority*. Boston, Houghton Mifflin, 1967.

3. El ejemplo más temprano, NASH, Mary: "Desde la invisibilidad a la presencia de la mujer en la historia: Corrientes historiográficas y marcos conceptuales de la nueva historia de la mujer". En FOLGUERA, Pilar, coord.: *Nuevas perspectivas sobre la mujer: Actas de las Primeras Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Seminario de Estudios de la Mujer, 1982, vol. 1, pp. 18-37.

4. LERNER, Gerda: *La creación del patriarcado*. Traducción de Mónica Tusell. Barcelona, Crítica, 1990.

5. LERNER, Gerda: *The Creation of Feminist Consciousness: From the Middle Ages to 1870*. Oxford, Oxford University Press, 1993.

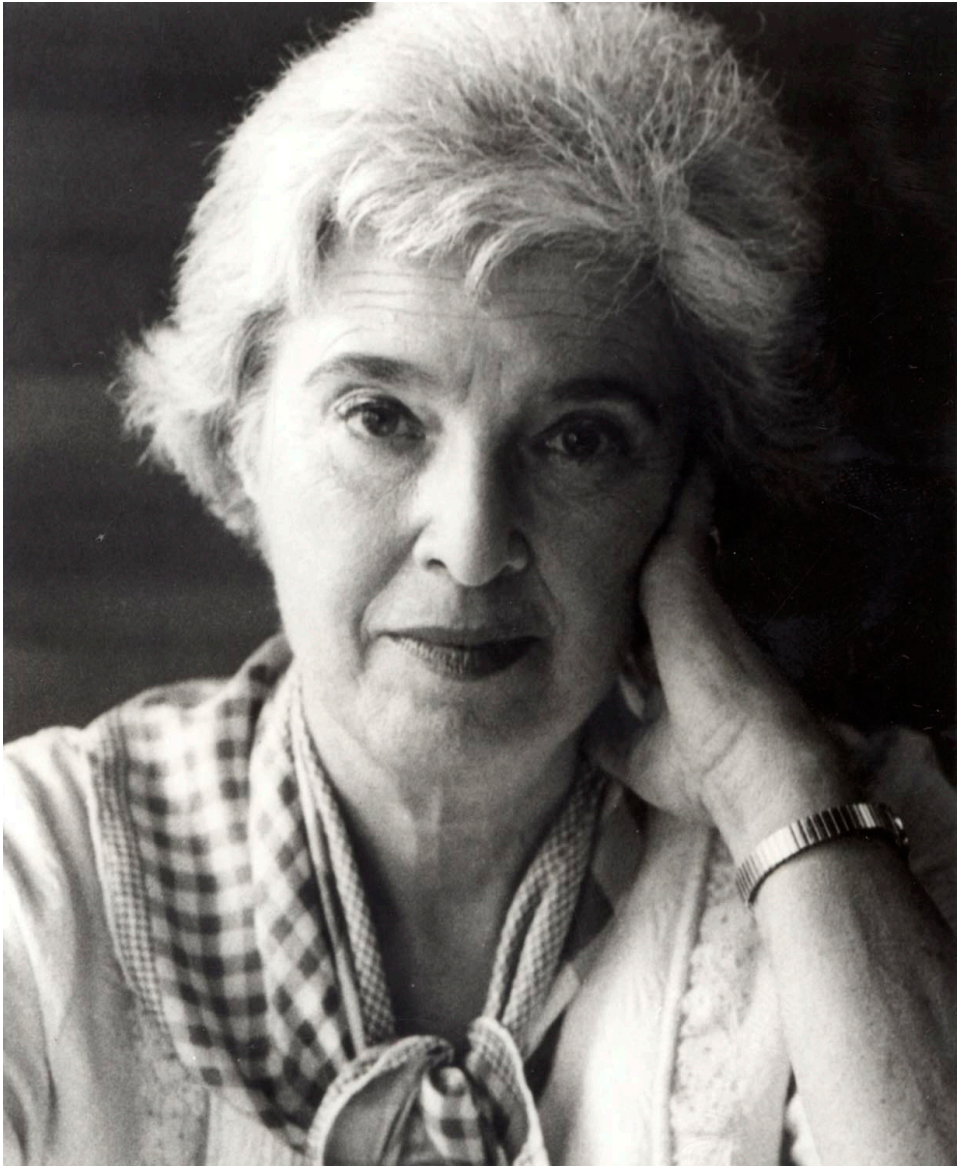
heredar y reconocer a las antecesoras pero libre también de transformar el relato histórico recibido de otras generaciones de historiadoras. Así lo hizo también ella.

Lerner entendió la historia de las mujeres como una postura política, como un acto de conciencia. Hizo confluír su interés por la historia y su compromiso con el feminismo en un objetivo: academizar la historia de las mujeres, normalizando su enseñanza y su cultivo. Lerner creyó que la consecución de ese objetivo implicaba un cambio radical en el modo en que el saber se construía, se legitimaba y se transmitía y con su tenacidad facilitó esa fundamental transformación. Fue su conciencia de hacer historia la que le hizo encadenar su trabajo con el de generaciones anteriores de mujeres, declarando que su proyecto fundacional se insertaba en una genealogía femenina. Una genealogía de historiadoras que, como su admirada Mary Ritter Beard (1876-1958)⁶, se mantuvieron fuera o en los márgenes de las instituciones y desde esa posición extraacadémica hicieron significativas contribuciones a la historia⁷.

Gerda Lerner se empeñó en mostrar la cualidad política de lo personal y nunca renunció a entenderse como sujeto histórico ni a dar testimonio de esa comprensión íntima. Por ello, escribió diversos relatos autobiográficos, antes y después de convertirse en una profesional de la historia, expresando abiertamente lo que su experiencia de vida aportaba a la práctica de su oficio. Hemos querido reconocer la originalidad y el significado de su labor reproduciendo algunos fragmentos, traducidos al castellano, de uno de esos textos en que emerge la voz firme y comprometida de Lerner. Publicado en 1979, creemos que es un vehículo fiel para transmitir sus opiniones e intereses, su formación y sus deudas intelectuales, en un periodo que transformó la historia de la mujeres. Pero por encima de todo, para transmitir con su propia palabra la conciencia de una historiadora que facilitó la creación de la Historia de la Mujeres, así, en mayúscula, como ella la escribió.

6. COTT, Nancy F.: *A Woman Making History: Mary Ritter Beard Through Her Letters*. New Haven, Yale University Press, 1991.

7. POMATA, Gianna: "Amateurs by Choice: Women and the Pursuit of Independent Scholarship in 20th Century Writing", *Centaurus* 55, 2 (2013)196-219.



Gerda Lerner hacia 1981.
University of Wisconsin-Madison Archives.
Image # S05705 (Uwar01534x). CC-BY-3.0 (<http://creativecommons.org/licenses>).

Notas autobiográficas ⁸

La Historia de las Mujeres es una actitud que demanda que las mujeres seamos incluidas en cualquier tema que esté en discusión. Es un ángulo de visión que nos permite ver que las mujeres viven y han vivido en un mundo definido por hombres y casi siempre dominado por hombres, pero que ellas han construido también ese mundo y han influido en todo acontecer humano. La Historia de las Mujeres desafía los supuestos androcéntricos de la historia tradicional y asume que el papel de las mujeres en los sucesos históricos —o la ausencia de mujeres en ellos— debe iluminarse y discutirse en todos y cada uno de los casos [...].

Llegué al estudio de la historia trabajando en una biografía de Sarah y Angelina Grimké. Como autora relatos cortos, artículos, obras teatrales y también de dos novelas, planeaba escribir una biografía novelada. Me fascinaron los personajes y las vidas de esas dos mujeres que desde 1885 no habían sido objeto de ninguna biografía. Quería hacerlas revivir como personas, del mismo modo en que habían comparecido ante mí cuando leía sus cartas y sus diarios. Quería rastrear su desarrollo y crecimiento: criaturas sociales que emergían en su individualidad; altruistas activistas de una reforma y que, a partir de sus propias necesidades, llegaron a convertirse en organizadoras de movimientos de mujeres y finalmente en creadoras de pensamiento feminista. Ellas me hablaban en un modo muy personal y quería transmitir a mi contemporaneidad lo que yo recibía de esas mujeres de otro siglo. Había investigado durante un año y había escrito ya ocho capítulos, pero mi falta de formación en recursos para la investigación me producía insatisfacción.

Mi educación formal había terminado veinte años antes, cuando me presenté a la *Matura*, el examen final requerido para la matrícula universitaria, justo antes de que los nazis accedieran al poder en Austria. Aprobé el examen con matrícula de honor, pero en vez de entrar en la universidad me convertí en refugiada y conseguí después llegar a América. Aquí me casé, crié a dos criaturas y me gané la vida haciendo toda clase de trabajos femeninos. Y siempre fui una escritora. Fue una educación tan buena como la que más para llegar a ser una experta en historia de las mujeres.

Trabajé con mujeres en lugares de trabajo y en la comunidad y contribuí a su organización. Compartía con la mayoría de mujeres comunes y corrientes la experiencia de haber sido una trabajadora sin cualificación primero y semi-cualificada después, la de dar a luz, ser ama de casa, madre, activista. En todos estos roles y ocupaciones encontré un grupo activo y dinámico de mujeres que trabajaban silenciosamente y sin reconocimiento público, generalmente sin cobrar y con frecuencia sin percatarse de la importancia del trabajo que estaban haciendo. Vi florecer a las organizaciones cívicas porque en la comunidad había un puñado de estas mujeres.

8. LERNER, Gerda. "Autobiographical notes, as a way to an Introduction". En: *The Majority Finds Its Past. Placing Women in History*. Oxford, Oxford University Press, 1979, pp. XIII-XXXII. Traducción de Montserrat Cabré. Se han mantenido las notas que contiene el texto original y respetado el uso peculiar de las mayúsculas.

Su trabajo influía en las organizaciones políticas, sin embargo nadie conocería de su existencia por los escritos historiográficos o a través de las obras de ficción. Cuando empecé a plantearme escribir la biografía de las Grimké, las películas nos representaban como a felices amas de casa entreteniéndonos en limpiísimas cocinas de urbanizaciones suburbanas, mientras que las malévolas destructoras de matrimonios resultaban ser siempre mujeres con carrera profesional, que renunciaban a la felicidad para perseguir su ambición. Las novelas y las revistas de masas difundían un mensaje similar, que se parecía bien poco a la vida que yo conocía. Durante la II Guerra Mundial, cuando fueron empujadas hacia puestos de responsabilidad en campos en los que tenían poca experiencia, habían visto a mujeres manteniendo la economía del frente doméstico. Conocía el trabajo competente que llevaban a cabo las mujeres, incluso las “simples amas de casa” y también conocía por mi propia experiencia que la literatura, los medios de comunicación y la historia no reflejaban las realidades de la vida de las mujeres.

Años antes, en 1955, había escrito junto a la poeta y autora teatral Eve Merriam el musical *Singing of Women*, que se representó off-Broadway. Nuestra idea era revivir algunas de las figuras heroicas de las mujeres americanas y celebrar su existencia, su actualidad. En ese momento, lo que queríamos contar no era exactamente popular; aunque fue bien acogido y recibió críticas positivas, el musical no tuvo ningún futuro comercial. Fue al documentarme para él cuando leí las autobiografías y las biografías de las feministas más importantes del siglo XIX. Me pareció adecuado y quizás no del todo fortuito proponerme dar vida a las dos mujeres olvidadas que iniciaron el movimiento a favor de los derechos de las mujeres [...].

Siendo todavía estudiante de grado en la New School for Social Research ofrecí en otoño de 1962 mi primer curso en Historia de las Mujeres, “Grandes Mujeres en la Historia de América”. La matrícula mínima para el curso era de diez estudiantes y como no conseguí llegar a ese número, fue cancelado. Lo ofrecí de nuevo en la primavera de 1963 y conseguí una matrícula escasa pero suficiente, que incluía a dos hombres jubilados, y lo impartí de nuevo en otoño de 1963. Creo que este fue el primer curso sobre el tema desde el efímero intento que se había hecho en Radcliffe College en la década de 1930. Aquella primavera también di una serie de conferencias radiofónicas bajo el título “Mujeres Olvidadas de la Historia de América”, que se retransmitieron por todo el país y que todavía hoy día se emiten ocasionalmente.

En otoño de 1963 me inscribí en el programa de máster y doctorado en historia de la Universidad de Columbia. Tenía cuarenta y tres años; mi hija acababa de entrar en la universidad y mi hijo empezaba el último año de secundaria [...].

En el transcurso de la entrevista previa a la admisión al programa de doctorado, me hicieron la pregunta habitual: ¿por qué estudiar historia? Respondí sin dudar que quería situar a las mujeres en la historia. No, yo misma me corregí, no se trataba de situarlas en la historia porque ya están en ella; lo que quería era hacer de la historia de las mujeres un ámbito de estudio legítimo. Les respondí claramente que quería continuar el trabajo que había empezado Mary Beard. No es de extrañar que esta declaración se acogiera con un silencio fruto del asombro. Exactamente, ¿qué quería decir al proclamar mi deseo de hacer legítima la historia de las mujeres? Y en cualquier caso, ¿qué era la historia de las mujeres? La pregunta me llevó a

una larga explicación, sobre la que he ido introduciendo variaciones durante los últimos quince años. Terminé de una manera algo utópica: “Quiero que la historia de las mujeres forme parte de todos y cada uno de los currículos, de todos los niveles educativos, y quiero que la gente sea capaz de especializarse y realizar un doctorado en la materia sin tener que decir que están haciendo otra cosa. Y quiero que la historia de las mujeres sea legítima y respetada y en el seno de la profesión histórica”.

[...] Pero lo que aprendí durante esos años, además de lo que me enseñaron mis profesores, fue una estrategia para extraer conocimiento sobre las mujeres de cualquier tipo de fuente que se me presentara. Elaboré una batería de preguntas para obtener información sobre las mujeres fuera cuál fuera el tema que se tratara y sin que importara el sesgo de quien enseñara. Aprendí a veces *de* mis profesores, a menudo *contra* ellos, y mucho por el método de ensayo y error, pero siempre contrastaba lo que estaba aprendiendo con lo que ya sabía por mi vida. Fui afortunada por tener cuarenta y tres años de experiencia a mis espaldas en el momento de entrar en el programa de doctorado; fue esto lo que me permitió resistir sus camelos y extraer el máximo de saber útil de mis profesores. Tenía suficiente criterio para distinguir la metodología de la mera opinión, para aprender la primera y cuestionar la segunda con escepticismo. Lo que yo como persona aportaba a la historia era inseparable de mi aproximación intelectual al tema; nunca acepté la necesidad de una separación entre teoría y práctica.

[...] En los inicios de mis estudios de grado leí por primera vez *Woman as Force in History* de Mary Beard⁹. Pude dejar de lado su pobre presentación y su ferviente y a veces malhumorada retórica y conectar con su idea central: que las mujeres han estado siempre activas y en el centro de la historia. Como una iluminación repentina, me impactó la simplicidad y la verdad que contenía su análisis. Mary Beard había llegado a esa convicción del mismo modo que yo, mediante su participación activa en el trabajo de las mujeres en la sociedad. En su narrativa identifiqué un mundo que conocía por experiencia, un mundo en que las mujeres eran participantes activas en la construcción de la comunidad y de las instituciones. [...] Su mayor aportación es la percepción de que centrarse en las mujeres como víctimas oscurece la verdadera historia de las mujeres. Beard insistió también en que la historia de las mujeres tenía que reflejar las diferencias de estatus de las mujeres en un momento determinado según su clase social. Ella no ocultó el hecho de que las mujeres han sido opresoras además de oprimidas y que los intereses de clase y de sexo han estado a menudo en conflicto. Sus sugerencias metodológicas, su práctica de la historia comparativa y su utilización de fuentes procedentes de otras disciplinas, como la antropología y la sociología, para mí fueron una revelación. Mucho antes de que resurgiera el nuevo feminismo, leer a Mary Beard despertó mi conciencia feminista.

En esencia, Mary Beard inventó el concepto de Estudios de las Mujeres y el de Historia de las Mujeres. Ante todo, fue la crítica de Mary Beard al sistema aca-

9. BEARD, Mary Ritter: *Woman as Force in History*. New York, Macmillan, 1946.

démico androcéntrico lo que la llevó a pensar nuevos modelos de educación de las mujeres. “La educación en igualdad que las mujeres han reclamado”, escribió, “ha significado únicamente la extensión a las mujeres de la educación de los hombres, de su historia y de los juicios que ellos hacen sobre sí mismos”¹⁰. Pero esta “historia está hecha de hilos... seleccionados de las actividades de los hombres en la guerra, en la economía y en la política y entretreídos según un modelo de maestría y poder masculinos, concebidos según la mente del hombre. Si la cultura de la mujer entró de algún modo en este modelo, fue solamente como un pálido reflejo de un concepto importante”¹¹. En esta afirmación se expresaba lo que durante mi formación predoctoral había experimentado de modo impreciso como insatisfacción y como resistencia hacia lo que se me enseñaba. La historia tradicional colocaba a las mujeres en la marginalidad; yo sabía que esa no era la verdad y en los escritos de Mary Beard encontré la confirmación de ello.

Al comenzar mi primera investigación con fuentes originales, encontré el archivo de Mary Beard en la Sophia Smith Collection. Esos documentos contenían el testimonio del esfuerzo de Mary Beard por iniciar un curso de Estudios de las Mujeres en Radcliffe College y de su prolongada labor en aras de conservar fuentes para la historia de las mujeres y para fundar un Archivo de Historia de las Mujeres. Allí encontré, en una lista de dos folios, preguntas sobre las mujeres todavía sin respuesta y un puñado de frases que se convirtieron en mi guía mientras avanzaba en mi empeño. En un sentido muy real considero a Mary Beard, a quien nunca conocí, como mi principal mentora en mi proceso de formación como historiadora.

La mayor parte de mujeres con formación, al cursar estudios de doctorado han sufrido por la ausencia de roles femeninos. Les han hecho sentir la marginalidad numérica, la derivada de normas y regulaciones, la escondida “red de viejos amigos”; y por encima de todo, se han sentido marginales en los contenidos de sus estudios. Las pocas mujeres eruditas que triunfaron en este mundo masculino tuvieron que convertirse a lo que Mary Beard llamó “insuficientes estudios de los hombres” (*men's understudies*). Ella escogió permanecer fuera de la academia, por lo que le parecieron buenas y suficientes razones, cuestionándola con su obra y abrazando los medios populares de comunicación cuando se sentía frustrada. Su estrategia para situar a la Historia de las Mujeres en la corriente principal fue compleja. Cultivó la historia social y la historia del trabajo para encaminarse después hacia la historia comparativa de las mujeres de diferentes culturas [...].

Alentada por su ejemplo, lo adapté a mis propios criterios, a mi propio tiempo. No quise escoger, a diferencia de ella, un estatus amateur o marginal en el seno de mi profesión. Para investigar y escribir la historia de las mujeres, las historiadoras deben poseer la mejor formación clásica y practicar su oficio con rigor, y además, deben ir más allá. Pero yo también busqué una nueva definición de profesionalidad, distinta del modelo académico masculino. Como es habitual, fue más fácil saber *qué no* hacer y menos sencillo saber *qué* hacer.

10. LANE, Ann: *Mary Ritter Beard: A Sourcebook*. New York, Schocken Books, 1977, p. 204.

11. *Ibidem*, p. 207.

Después de defender mi tesis doctoral uno de mis profesores me felicitó y me ofreció lo que sin duda era un bienintencionado consejo. Si quería hacer una carrera profesional que hiciera justicia a mi talento, solo tenía que ser discreta en relación a mi “supuesta” especialidad y enfatizar que era una historiadora social y experta en la historia de la reforma norteamericana. Una vez consolidada, podría entonces hacer lo que quisiera sobre las mujeres. Nunca seguí ese consejo. Era demasiado tarde en mi vida como para jugar con mi carrera. Nunca sería directora de departamento, decana o presidenta de ninguna asociación histórica. Nunca compensaría el tiempo perdido debido al inicio tardío de mi carrera profesional. A los cuarenta y seis años, entendí que, con suerte, podía tener veinte años de profesión por delante y por lo tanto hice un plan de investigación de veinte años, que he seguido hasta hoy con pocos retrasos. Pensé que tendría que influir en el mundo académico de diversas formas para que la Historia de las Mujeres fuera aceptada: mediante mi investigación y mis publicaciones; demostrando la existencia de fuentes; elevando el estatus de las mujeres en la profesión; probando que existía una demanda de cursos por parte del alumnado para, a partir de ahí, diseñar cursos y programas de posgrado. Hice todos estos planes en 1966, sin saber que en poco tiempo se materializaría un progreso espectacular gracias a la energía, la tenacidad y la creatividad de los movimientos de mujeres y de los Estudios de las Mujeres [...].

Las mujeres que trabajan en Historia de las Mujeres han intentado que la conciencia feminista se plasmara no solo en los contenidos de su trabajo sino también en el método. Se ha realizado un esfuerzo deliberado para que la Historia de las Mujeres progresara como un trabajo de grupo, compartiendo fuentes y conocimientos y, a veces, investigación y escritura en colaboración. La floreciente red de grupos de trabajo en Historia de las Mujeres, de jornadas y congresos animados por un espíritu de cooperación y un entusiasmo propio de las pioneras, han acelerado la madurez de este campo de estudio y de quienes lo cultivan. El compañerismo se ha transformado en sororidad, que para muchas de nosotras se ha convertido en una importante comunidad intelectual y espiritual. Rastrear mi propio crecimiento intelectual a modo de introducción a este volumen, se justifica porque su importancia es mucho mayor que el hecho de que una mujer piense sobre el pasado de las mujeres. Mi pensamiento se desarrolló en un momento en el que otras muchas mujeres empezaron a hacerse preguntas similares a las mías y comenzaron a actuar en relación a las preguntas que se hacían, creando así un contexto nuevo para el pensamiento. La conciencia feminista comienza con la autoconciencia, un conocimiento de nuestras propias necesidades como mujeres; después viene el conocimiento del colectivo femenino, el contactar con otras mujeres primero para apoyarnos mutuamente y después para mejorar nuestra situación. La conciencia feminista de grupo emerge del reconocer una comunidad, un conjunto de ideas con las que las mujeres nos definimos de manera autónoma en un mundo de dominio masculino que busca sustituir nuestra propia visión y nuestros valores por los del patriarcado. Las dos facetas de mi propia conciencia, como ciudadana y como académica, finalmente se fundieron: soy una académica feminista.